

PENSAMIENTO CREATIVO, AUTONOMÍA Y COMPROMISO SOCIAL: UNA EXPERIENCIA DE FORMACIÓN TRANSFORMADORA EN EL CONTEXTO UNIVERSITARIO

Mayra Alejandra Flores Castillo

UNESR, Núcleo Apure |

Fecha de recepción: **19 de junio 2025**

Fecha de aceptación: **10 de julio 2025**

RESUMEN

En este artículo comparto una experiencia pedagógica vivida en el contexto universitario, centrada en tres dimensiones clave: el pensamiento creativo, la autonomía y el compromiso social. Relato cómo transformé mi práctica como facilitadora para construir espacios de aprendizaje más significativos, participativos y conectados con la realidad social. Mediante actividades creativas, proyectos colaborativos y una estructura pedagógica que promovía la toma de decisiones autónomas, los participantes asumieron un rol protagónico en su proceso formativo. Esta vivencia no solo favoreció su desarrollo académico y humano, sino que también provocó en mí una profunda revisión de mi rol como facilitadora. El artículo reflexiona sobre los desafíos enfrentados, los aprendizajes construidos colectivamente y el potencial de la universidad como espacio de transformación individual y social. Invito, desde la experiencia, a repensar la educación como un proceso que habilita a los participantes a imaginar, actuar y transformar, para ser personas más útiles a la sociedad.

Palabras clave: Pensamiento creativo; Autonomía; Compromiso social; Educación transformadora; Contexto universitario.

INTRODUCCIÓN

Desde mi experiencia como facilitador universitario, he comprendido, que, enseñar va mucho más allá de transmitir contenidos o cumplir programas; puesto que considero, que los espacios universitarios deben constituirse en escenarios de transformación personal y colectiva, donde, tanto participantes como facilitadores podamos crecer, cuestionar y resignificar. En un contexto social y educativo cambiante, sentí la urgencia de replantear mis prácticas, buscando una pedagogía que no solo informe, sino que forme, que no se limite a evaluar, sino que potencie el desarrollo humano integral. En ese orden de ideas, fue que nació mi experiencia educativa como facilitadora universitaria, guiada por tres dimensiones profundamente interrelacionadas: el pensamiento creativo, la autonomía y el compromiso social.

El pensamiento creativo se convirtió en el punto de partida. Vi en mis participantes una gran capacidad latente para imaginar, para cuestionar, para construir nuevas formas de ver el mundo. Pero también observé el miedo a equivocarse, la resistencia a lo incierto. Frente a ello, decidí proponer dinámicas que rompieran la lógica de la respuesta correcta y fomentaran la exploración, la curiosidad y la invención. Aposté por metodologías abiertas en las cuales, los participantes, en un ambiente horizontal, pudieran desarrollar actividades lúdicas, sentirse en libertad de dialogar participativamente, en donde lo divergente tuviera una oportunidad para la crítica, la autocrítica en aras de resolver situaciones problemáticas diversas. Este tipo de propuestas no solo motivaron a los participantes, sino que abrieron posibilidades de pensamiento que antes parecían bloqueadas.

En lo que respecta a la autonomía, como segundo eje, me llevó a revisar profundamente mi lugar como facilitadora. Me pregunté hasta qué punto estaba permitiendo que los participantes fueran protagonistas reales de su aprendizaje. Comencé a experimentar con metodologías que implicaran autogestión, coevaluación, toma de decisiones colectivas y diseño de actividades por parte de los mismos participantes. Actividades basadas en proyectos sociales, socialización de temas de interés como el reciclaje, conservación del medio ambiente. También un tema de mucho interés donde se denota el impulso, el interés y liderazgo del grupo, como lo es el desarrollo de emprendimientos, donde se integra además la investigación, la gestión y por supuesto la toma de decisiones. Aprendí que ceder control no es perder autoridad, sino compartir poder y generar compromiso. La autonomía permitió que los participantes asumieran un rol activo y responsable, fortaleciendo su autoestima y su sentido de pertenencia al proceso educativo.

Finalmente, el compromiso social fue el marco ético que articuló toda la propuesta. Sentía que una educación que no se vincule con el contexto y con las problemáticas sociales corre el riesgo de volverse vacía. Por eso, propicié la realización de proyectos educativos como jornadas de salud y bienestar con abuelas y abuelos, articulando con los centros de salud comunitarios, así como también la creación de murales con diseños que tuvieran que ver con la identidad y cultura comunitaria, en donde los participantes establecieran un diálogo con su entorno y con las diferentes organizaciones sociales, con realidades que los interpelaran más allá de los espacios de aprendizajes. Estas iniciativas no solo acercaron a los participantes a su realidad inmediata, sino que también despertaron en ellos una conciencia crítica y un deseo de actuar

para transformar.

Esta experiencia, desafiante en muchos aspectos, transformó profundamente mi manera de enseñar y de entender la universidad. Comprendí que, para enseñar de otra manera, hay que hacer uso de los ambientes de aprendizaje desde otra mirada, para propiciar el pensamiento creativo en los participantes. En tal sentido, a lo largo de este artículo, comparto las claves, los aprendizajes y también las tensiones que atravesé en este camino, con la intención de abrir un diálogo con otros educadores que, como yo, creen que otra educación es posible y necesaria.

UNA NECESIDAD DE CAMBIO EN EL AMBIENTE UNIVERSITARIO

Como facilitadora universitaria, durante mucho tiempo trabajé bajo los esquemas tradicionales de enseñanza. Sin embargo, empecé a notar que, pese a mis esfuerzos por cumplir con los contenidos programáticos, mis participantes mostraban poco interés, escasa participación y una preocupante dependencia de las indicaciones del facilitador. Comprobé que la mayoría llegaba a clase con la expectativa de ser receptores pasivos y no protagonistas activos de su formación. Esto me llevó a cuestionar mis propias prácticas y a preguntarme si realmente estaba contribuyendo a formar profesionales capaces de pensar de manera crítica, actuar de forma autónoma y comprometerse con la realidad que los rodea.

Fue entonces cuando decidí transformar mi enfoque formativo inspirada por Paulo Freire (1970), opté por dejar atrás el rol de transmisor de información y asumir el de facilitadora de experiencias significativas; me propuse diseñar un entorno de aprendizaje que promoviera el pensamiento creativo,

la autonomía en el aprendizaje y un vínculo genuino con las problemáticas sociales. En tal sentido, en la actualidad, priorizo en el proceso enseñanza-aprendizaje con énfasis en la participación autónoma, porque facilita la práctica dentro del ambiente de aprendizaje, favorece la motivación intrínseca y posibilita al participante para aprender a organizar el contenido de la instrucción, ayudándole a alcanzar, a su propio ritmo, un pensamiento complejo.

EL PENSAMIENTO CREATIVO COMO MOTOR DEL APRENDIZAJE SIGNIFICATIVO

El pensamiento creativo fue una de las dimensiones más desafiantes y enriquecedoras de este proceso. Al implementar actividades que rompieran la lógica tradicional, noté una mayor apertura por parte de los participantes para explorar sus ideas. Diseñé actividades donde debían idear soluciones novedosas a problemas reales. Les propuse ejercicios de escritura libre, lluvia de ideas, mapas mentales y representaciones visuales de conceptos complejos; intervenciones artísticas, juegos de roles y debates donde lo importante no era llegar a una única verdad, sino construir conocimiento desde la diferencia. Esta perspectiva está en sintonía con lo planteado por Robinson (2006), quien argumenta que “la creatividad florece cuando se crea un ambiente donde el error no es castigado, sino comprendido como parte del proceso creativo” (p 112). Es por ello, que, en cada sesión, el ambiente se convirtió en un laboratorio de ideas, donde los participantes sentían la libertad de arriesgar y proponer sin temor al juicio inmediato.

A medida que avanzaban las semanas, observé cómo los participantes comenzaban a soltarse, a tomar riesgos, a reírse de sus errores y a encontrar placer en el proceso de crear. Este

cambio de actitud fue clave para fomentar la confianza y la motivación intrínseca. Lo más revelador fue ver que, en lugar de pedirme “la respuesta correcta”, me hacían preguntas más profundas, más propias, más conectadas con su realidad. Es por ello que, desde esta perspectiva, mi función como facilitadora consiste ahora, en fomentar el desarrollo y la práctica de los procesos cognoscitivos del participante, para producir ideas originales y prácticas, para lo cual ahora presento los contenidos de manera organizada, interesante y coherente, en una clase amena y atractiva, teniendo en cuenta mi labor como fin, lograr un aprendizaje significativo, lo cual favorecerá un mejor desempeño académico, social y cultural en los participantes.

En este orden de ideas, he desarrollado acciones orientadas a potenciar la estructura cognitiva de los estudiantes, facilitándoles la adquisición y retención de los conocimientos nuevos, e igualmente, generar una actitud crítica, reflexiva y participativa en el proceso de aprendizaje. Esto implica para los participantes, la adquisición de habilidades de búsqueda, así como el uso eficiente de la información para lograr la autonomía en el aprendizaje, asumiendo la responsabilidad de acceder por sí mismo al conocimiento y a actuar con independencia y criterio propio.

AUTONOMÍA: DEL SEGUIMIENTO DE INSTRUCCIONES A LA GESTIÓN DEL PROPIO APRENDIZAJE

Uno de los pilares de esta experiencia fue fomentar la autonomía. Durante años observé que muchos participantes esperaban ser guiados paso a paso, sin asumir responsabilidades sobre su propio proceso. Decidí revertir esta situación promoviendo un modelo de ambientes flexible, con tiempos abiertos, metas consensuadas y evaluaciones co-

construidas. Por ejemplo, propuse que cada estudiante definiera sus objetivos personales dentro del curso, los compartiera con el grupo y elaborara un plan de acción para alcanzarlos. Algunos eligieron trabajar en proyectos comunitarios, otros en investigaciones, otros en producciones audiovisuales.

En este sentido, implementé contratos de aprendizaje, rúbricas construidas colectivamente y sesiones de retroalimentación entre pares. Estas acciones no solo reforzaron la responsabilidad individual, sino que también permitieron que cada estudiante definiera su propio itinerario de aprendizaje. Retomando a Freire (2008), comprendí que “una educación verdaderamente emancipadora no se impone desde fuera, sino que se construye con los sujetos que la viven” (p. 45).

En este orden de ideas, lo fundamental era que cada uno se sintiera dueño de su camino. Este enfoque, lejos de generar desorden, trajo consigo una energía renovada, donde los participantes llegaban con propuestas, se organizaban en equipos, solicitaban retroalimentación constante y se mostraban más comprometidos con los plazos y resultados. La autonomía se volvió, entonces, una práctica constante de libertad compartida, donde yo también aprendí a escuchar y a dejarme transformar por las voces del grupo.

COMPROMISO SOCIAL: APRENDER PARA TRANSFORMAR EL ENTORNO

Para mí, el conocimiento no tiene sentido si no se traduce en una actitud ética frente a la realidad. Por eso, quise que la dimensión social estuviera en el corazón de esta experiencia, para lo cual propuse a los participantes que identificaran una problemática social en su entorno cercano y diseñaran una

intervención concreta. Surgieron iniciativas como campañas de sensibilización enfocadas al compromiso social como ciudadanos que forman parte de comunidades concretas, talleres con niños y adultos mayores, diagnósticos comunitarios participativos y redes de apoyo solidario, entre otras.

Es importante mencionar, que, el compromiso social se hizo visible en los proyectos comunitarios descritos anteriormente ejecutados por los participantes, los cuales se vincularon con organizaciones comunitarias, diseñaron propuestas de intervención y sistematizaron experiencias que luego compartieron con otros cursos. Fue allí donde entendí con mayor claridad lo que Giroux (1997), plantea sobre la importancia de una pedagogía crítica: “la universidad debe ser un espacio desde donde se cuestione la realidad, se imagine otra posible y se actúe para construirla”, (p. 103). A través, de estos vínculos, el aprendizaje dejó de ser un fin en sí mismo y se convirtió en una herramienta de transformación, tanto individual como colectiva.

En este sentido, las experiencias vividas en la jornada de salud, socialización, realización de murales, el estar presente y convivir con los adultos mayores y comunidades organizadas no solo enriquecieron los aprendizajes teóricos, sino que también fortalecieron el sentido de responsabilidad, la empatía y la conciencia crítica, evidenciadas en el accionar comunitario y en las sesiones de cierre, donde muchos participantes expresaron, que, por primera vez, sentían que lo aprendido en la universidad tenía un propósito real, que, podían incidir en su entorno y su voz era válida y necesaria.

OBSTÁCULOS, APRENDIZAJES Y RESIGNIFICACIONES

Implementar esta experiencia transformadora no fue sencillo, por cuanto enfrenté resistencia institucional, rigideces curriculares y, en algunos momentos, mi propia inseguridad frente a lo nuevo. Hubo errores, actividades que no funcionaron como esperaba y momentos de frustración, pero también hubo sorpresas, descubrimientos y mucho aprendizaje. El resultado más extraordinario fue que aprendí a confiar en el proceso, a escuchar más y hablar menos, a valorar la diversidad de ritmos y formas de aprender. Aprendí que la creatividad florece cuando hay confianza, que la autonomía se construye con acompañamiento, y que el compromiso social no se impone: se cultiva desde el ejemplo y la experiencia vivida.

UNA EDUCACIÓN QUE HUMANIZA

Hoy, mirando hacia atrás, puedo decir que esta experiencia transformó mi forma de entender la docencia. Me alejé del modelo transmisivo y me acerqué a una andragogía más humana, dialógica y situada. Vi en mis participantes una capacidad inmensa para crear, cuestionar y comprometerse, siempre y cuando se les diera la oportunidad. Esta experiencia no es una receta ni un modelo replicable sin adaptaciones. Es una invitación a repensar la universidad, a abrir espacios para la creatividad, la libertad y la responsabilidad compartida. Creo firmemente que, una educación basada en el pensamiento creativo, la autonomía y el compromiso social no solo forma mejores profesionales, sino también mejores seres humanos.

CONCLUSIONES: LO QUE PERMANECE Y LO QUE SE TRANSFORMA

Después de todo lo vivido, puedo afirmar que esta experiencia de formación transformadora no solo impactó a mis participantes, sino que también provocó una revisión profunda de mi rol como facilitadora, de mis creencias formativas y de mi compromiso con la educación universitaria. El pensamiento creativo, la autonomía y el compromiso social dejaron de ser conceptos abstractos para convertirse en principios vivos que guían mi práctica cotidiana.

He comprendido que formar no es llenar vacíos, sino acompañar procesos, encender preguntas, despertar inquietudes. El pensamiento creativo, lejos de ser un lujo o un complemento, es una necesidad urgente en un mundo que demanda respuestas nuevas a problemas complejos. Mis participantes, cuando se sienten seguros para imaginar, proponer y construir, desarrollan capacidades que van más allá de lo académico: adquieren herramientas para vivir de forma más consciente y participativa.

En cuanto a la autonomía, aprendí que no se trata de dejar a los participantes a su suerte, sino de confiar en su potencial, de ofrecer estructuras flexibles que les permitan tomar decisiones con sentido. El aprendizaje se vuelve auténtico cuando el estudiante se siente autor de su propio camino. Y ese sentimiento de autoría es, quizás, uno de los aprendizajes más poderosos que puede dejar la universidad.

Respecto al compromiso social, reafirmé mi convicción de que la educación debe estar anclada a la realidad. No podemos seguir formando profesionales desconectados de

su contexto, insensibles a las injusticias o indiferentes frente al sufrimiento ajeno. Cuando el ambiente se abre al entorno, cuando se conecta con la comunidad, el conocimiento cobra sentido y se humaniza. Mis participantes no solo aprendieron contenidos, sino también a mirar al otro, a escucharlo y a actuar con responsabilidad.

También me llevó una gran lección personal: el cambio en la educación comienza con uno mismo. Fui yo quien tuvo que cuestionarse, arriesgarse y aprender nuevamente. Fui yo quien descubrió que enseñar es también dejarse transformar por el otro. Y ese descubrimiento es, sin duda, el más valioso de todos. Esta experiencia me impulsa a seguir explorando nuevas formas de enseñar, a dialogar con otros facilitadores, a compartir mis hallazgos y también mis dudas. Estoy convencida de que la universidad puede ser un espacio de esperanza, de creación colectiva, de construcción de sentidos. Pero para ello, necesitamos facilitadores dispuestos a abrirse, a experimentar, a fallar y volver a intentar.

Si algo me ha quedado claro es que el pensamiento creativo, la autonomía y el compromiso social no son metas que se alcanzan una vez y para siempre. Son procesos en constante construcción, que requieren tiempo, acompañamiento y convicción. Por eso, hoy más que nunca, renuevo mi compromiso con una educación universitaria que forme personas críticas, libres y solidarias, capaces no solo de adaptarse al mundo, sino de transformarlo desde su propia realidad.

REFERENCIAS

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*.

Freire, P. (2008). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.

Giroux, H. (1997). *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Paidós.

Robinson, K. (2006). *El elemento: descubrir tu pasión lo cambia todo*. Penguin Random House.